

William James es ya un clásico aunque su pensamiento, hoy más que nunca, sigue vigente, como la filosofía de la que el propio James dice que “constituye, al mismo tiempo, la más sublime y la más trivial de las indagaciones humanas. Ahonda en los más pequeños resquicios, pero también abre las perspectivas más amplias”. En efecto, el pensamiento de William James queda bien definido con estas palabras del filósofo. A su vez, la traducción, el prólogo y las notas de Ramón del Castillo son un estudio riguroso que ayuda eficazmente al lector a profundizar en el pragmatismo y, en general, en la filosofía. Por eso, la lectura de este libro es recomendable para todos los públicos.

Izaskun Martínez

LLANO, Alejandro: *La vida lograda*, Ariel, Barcelona, 2002, 203 pp.

Hace apenas un año que apareció el último libro de A. Llano, del que se está preparando la segunda edición. Se trata de un ensayo de ética, de los que no abundan hoy día, porque aborda con valentía los conceptos y problemas fundamentales que tiene planteados la ética, y porque constituye una apuesta decidida por la recuperación de la imagen humanista de la persona. Como el propio autor señala (p. 123), su intención ha sido la de superar la fragmentación y desorientación en que parece estar sumida la filosofía moral.

Se suele decir que la mejor manera de poner cada cosa en su sitio es retroceder y tomar distancia para tener una visión conjunto. Tal vez por eso la estructura del libro recuerda a la que sigue Aristóteles en la *Ética Nicomáquea*: la acción humana como búsqueda de la felicidad; la pregunta por el contenido de la *eudaimonia*; la insuficiencia del dinero, el poder y el placer como contenidos de la felicidad; la caracterización de la felicidad como actividad y la noción de virtud como aquella acción que nos reporta una vida lograda; y, por último, el descubrimiento del amor (y la amistad) como el contenido de la felicidad a la que todos debemos aspirar. El autor ha tenido el acierto de mostrar la vigencia de esa racionalidad ética apelando “a la vida-misma”, a la propia experiencia moral de los lectores contemporáneos, contribuyendo a crear —como alguien ha señalado ya— una *moderna* ética clásica.

A mi parecer, el texto ofrece dos niveles de lectura, igualmente interesantes y provechosos. El del “público no especializado” —a quien, en principio, va dirigido el libro (p. 10)— que encontrará en él una excelente introducción a las cuestiones propias de la ética y a los problemas actuales para alcanzar la felicidad. Y el de los “profesionales de la filosofía”, que obtendrán una visión de conjunto de qué debe ser la ética, además de un numerosas y valiosas orientaciones sobre discusiones de gran calado. En lo que sigue señalaré, sin querer agotarlas, algunas cuestiones que pueden tener más interés para este segundo tipo de público.

Aclarar el sentido y los límites de la especificidad de práctico y del concepto de recta razón parece uno de los mayores intereses del libro, especialmente en los capítulos primero y cuarto. Puesto que “no hay dos operaciones iguales” (p. 27), la búsqueda de la felicidad tiene algo de creativo, sin que eso suponga la ausencia de norma moral, porque el arrepentimiento (p. 28) forma parte de nuestra experiencia cotidiana, y tiene como condición de posibilidad el reconocimiento —contra todo emotivismo y relativismo— de que en el terreno de lo práctico también hay verdad y mentira. Precisamente la *verdad práctica* —la verdad de la acción moral— es el fundamento teórico que respeta la especificidad de lo práctico y permite superar las escisiones entre sujeto y objeto —éticas normativistas, pragmatistas o de “tercera persona”, positivismo de diverso cuño— y, más importante todavía, entre verdad y libertad (p. 148). A la rehabilitación de ese concepto, como bien señala A. Llano, dedicó Fernando Inciarte muchos esfuerzos (“Theoretische und praktische Wahrheit” en M. Riedel (hsgr.): *Rehabilitierung der praktischen Philosophie*, Freiburg, Rombach 1972).

El consecuencialismo —gran mal de la ética contemporánea— ha conseguido hacer mella en uno de los pilares de la moralidad: “el fin no justifica los medios”. Y, según el análisis de G.E.M. Anscombe (“Modern Moral Philosophy”, *The collected philosophical papers, III*, Basil Blackwell, Oxford, 1981), es el responsable de que hoy admitamos la posibilidad de poner en la misma balanza cualquier curso de acción, independientemente de su intrínseca calificación moral, y que *midamos* —como si se tratara de un cálculo de beneficios— los efectos que reportan (p. 46 y 107). Así —cada día lo comprobamos— se olvida que “la vida ética comienza con el reconocimiento de que existen cosas malas en sí mismas” (p. 150) y empieza a correr peligro el mismo concepto de lo digno que, como ya dijo Kant, es precisamente aquello que no tiene precio.

Acerca de si es posible no querer hacer el bien conocido o —más terrible aún— de si somos capaces de hacer el mal a sabiendas, se han escrito innumerables páginas. En esa cuestión está en juego el estatuto del conocimiento en la toma de decisiones y, en general, en la vida moral. La respuesta de A. Llano es breve y neta: “No es cierta la teoría que se suele atribuir a Sócrates, según la cual siempre hacemos lo que nos parece mejor” (p. 68). No basta con querer hacer el bien, sino que también debemos *hacernos capaces* de realizarlo mediante la adquisición de virtudes. Hay que recuperar la noción de voluntad. Esta sencilla idea es posiblemente la que hace fracasar muchos de los empeños actuales por crear una educación cívica y, también, algunas de las aproximaciones que se hacen desde la filosofía analítica al problema de la acción humana, como ha puesto de manifiesto A. MacIntyre (*Animales racionales y dependientes*, Paidós, Barcelona, 2001).

Si hay un concepto que pueda servir como clave para interpretar el talante ético de nuestras sociedades, éste es probablemente el de autenticidad. O, al menos, así parece demostrarlo el breve libro de Charles Taylor, *La ética de la autenticidad* (Paidós, Barcelona, 1994). El problema, como bien se señala en el libro, es que se ha identificado autenticidad con espontaneidad (pp. 78-79), y así no se puede saber en qué consiste la vida lograda. Es preciso recuperar una concepción teleológica de la naturaleza humana que sirva de piedra de toque de la autenticidad.

Estas son sólo unas pocas reflexiones de interés, las demás las tendrá que descubrir el lector por su cuenta. Por último, me permito sugerir la lectura complementaria de *Humanismo cívico* (Ariel, Barcelona, 1999), donde se traza el marco político adecuado a la ineludible “dimensión social” (p. 127) de la vida lograda. Y, además, al final de ese libro aparece una extensa bibliografía que muestra el universo conceptual en el que se mueve su autor.

José María Torralba

QUINN, J.J.—DAVIES, P.W.F. (eds): *Ethics and Empowerment*, MacMillan, Hampshire, 1999, 444 pp.

---

La sociología contemporánea ha analizado la aparición de estos fenómenos de subalternancia y sometimiento en el desarrollo del capitalismo tardío, tratando de contrarrestar los posibles efectos contraproducentes a